

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 192 *Editorial*

ABRIL-JUNIO DE 2024

Pura

López Colomé

Premio Alfonso Reyes en Humanidades 2024

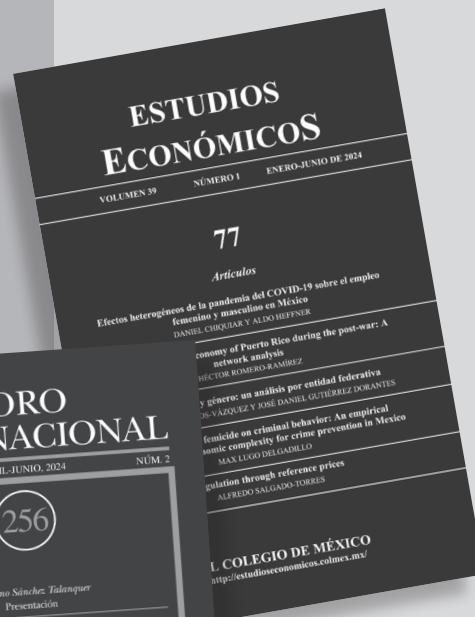
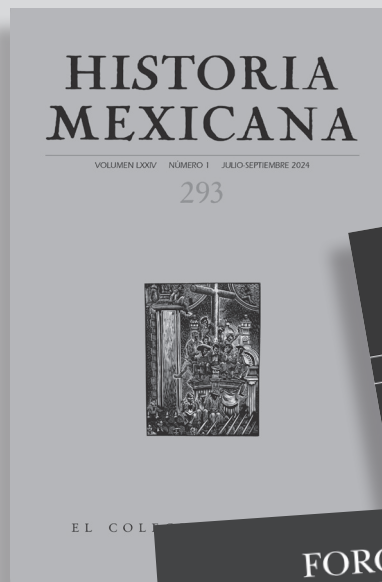


ADemás:

Dos formas de democracia:
liberal y comunitaria

LUIS VILLORO

NOVEDADES *editoriales*



**EL COLEGIO
DE MÉXICO**
Publicaciones

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20,
Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
o correo electrónico: elibro@colmex.mx

Í N D I C E

Presentación

■ 2

La lección multiabarcante
del placer literario

■ *Pura López Colomé* ■ 3

Pura López Colomé:
una poeta pura

■ *Rafael Olea Franco* ■ 12

Poemas

■ 18

ADEMÁS

Acerca del Premio Alfonso Reyes
en Humanidades que otorga
El Colegio de México

■ 21

Dos formas de democracia:
liberal y comunitaria

■ *Luis Villoro* ■ 23

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 555449 3000, ext. 3077

Presidenta SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ *Secretario general* VICENTE UGALDE SALDAÑA ■ *Coordinadora general académica* ANA COVARRUBIAS VELASCO ■ *Secretario académico* PATRICIO SOLÍS ■
Secretario administrativo ADRIÁN RUBIO ■ *Directora de publicaciones* GABRIELA SAID ■ *Coordinadora de producción editorial* CLAUDIA PRIANI ■ *Editor* ULISES MARTÍNEZ FLORES ■
Corrector ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinador de promoción y ventas* JULIO LEGORRETA BALBUENA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 192, ABRIL-JUNIO DE 2024

Impresión: Jair Gerardo Seres Hernández, ubicados en Esmeralda 100-303, col. Valle Escondido, 14600, Tlalpan, Ciudad de México, México.

Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PÉREZ

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.


Presentación



El pasado 9 de abril, la poeta, ensayista y traductora mexicana Pura López Colomé recibió el Premio Alfonso Reyes en Humanidades, en su edición 2024, que entrega bienalmente El Colegio de México. Se suma este galardón a los que ha recibido anteriormente: el Premio Nacional Alfonso Reyes (1997), el Premio Nacional de Traducción de Poesía (1992) y el Premio Xavier Villaurrutia (2007).

Pura López es autora de *El sueño del cazador* (1985), *Un cristal en otro* (1990), *Aurora* (1994), *Intemperie* (1997), *Santo y seña* (2007), *Reliquia* (2008), *Por si acaso no* (2010) y *Poemas reunidos. 1985-2012* (2013). Además, ha traducido a poetas, como Seamus Heaney, Hilda Doolittle y Robert Hass.

Este número del *Boletín Editorial* de El Colegio de México recoge en sus páginas la conferencia magistral “La lección multiabarcante del placer literario”, dictada por la galardonada en la recepción del premio, y también el texto de Rafael Olea Franco “Pura López Colomé: una poeta pura”, *laudatio* ofrecida en esa misma ocasión, así como una brevísima antología de poemas, escritos unos y traducido otro, por Pura López Colomé.

Cerramos este *Boletín Editorial* con una remembranza sobre el Premio Alfonso Reyes en Humanidades entregado hasta ahora en ocho ocasiones, la primera con el reconocimiento al filósofo Luis Villoro, del que publicamos su conferencia magistral “Dos formas de democracia: liberal y comunitaria”, leída en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México el 7 de octubre de 2010. 

*La lección multiabarcante del placer literario**

Uno de los poetas que más he admirado sostenidamente desde la primera vez que lo leí, Seamus Heaney, me confirmó que no había diferencia entre escribir un poema y traducir un poema. Así lo he sentido desde entonces, y con ese criterio me he dedicado a las dos vertientes. Ejerciendo lo que defiendo, comienzo ahora esta presentación con un par de estrofas originalmente escritas en holandés, traducidas al inglés después y ahora al español. Pertenecen al poeta J. C. Bloem (1887-1966):

*Sube y baja la marea, ¡con tal regularidad!
¿Qué eres corazón, por qué el temor,
a sabiendas, porque sabes, que la primavera es un
alivio, corazón resplandeciente, como
la marea, preciso, corazón?*

*Omnipresente, imperturbable,
es la vida de la cual brota la muerte.
Y quejas, no. Ni la menor queja cabría
ahora que los campos de centeno
se mecen tras las ruinas.*

* Conferencia magistral dictada en la ceremonia en la que se otorgó a la autora el Premio Alfonso Reyes en Humanidades 2023, el 9 de abril de 2024, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.

Cuánta razón tenía Goethe al señalar lo importante que es para un escritor contar con buena suerte en un principio. Creo, sin exagerar, que fue mi caso: entré a la Literatura con mayúsculas por la puerta grande: la obra de Alfonso Reyes. Otro de mis autores favoritos, William Wordsworth, atenuado por las dudas sobre el sentido y los orígenes de su vocación como poeta, se preguntaba: “¿Sería por esto / que aquel, el más bello de los ríos, con deleite / fundía sus murmullos con la canción de mi nodriza, / y desde las sombras de sus alisos, y rocas caídas, / y sus estuarios y vados y bajíos, lanzaba una voz / que rezumaba entre mis sueños?”

Todas las proporciones guardadas, al entrar por primera vez a la Capilla Alfonsina en los años setenta, a mi vez me pregunté si por y para esto mi papá me había dado a conocer algo de los *Cartones de Madrid* de Alfonso Reyes en la adolescencia; supe por qué, pues, me había dado lo que, en su tierra, Yucatán, se conocía entonces como un “intransmisible”, el boleto de entrada a un festejo, en este caso, el de una obra cuyo deleite no se quedaría ensimismado, sino que me llevaría al de otras y otras y otras.

En su mundo he podido confirmar —paso a paso hasta hoy— que todas mis lecturas anteriores, las que hice en casa, en la escuela, en la universidad, incluso las que hago en esta época de mi vida, han tenido sentido: entrar a, para nunca salir de, la suya, la de Borges, la de Conrad, Vargas Llosa o Julian Barnes, por ejemplo, o la poesía de Shakespea-



Presídium de la ceremonia de entrega del Premio Alfonso Reyes en Humanidades 2023. De izquierda a derecha: Alfonso Medina, Pura López, Silvia Giorguli, Mónica Stettner y Rafael Olea.

re, Yeats, Seamus Heaney, sor Juana, Neruda, Paz, Villaurrutia o Emily Dickinson; la de algunos de mis contemporáneos o las de los jóvenes tan originales de la actualidad.

He ido comprobando la realidad de ese oculto fragmento del destino en su enorme *Paideia*, el contenido literario e ideológico de los ensayos de Reyes; su cadenciosa manera de recorrer la experiencia, deteniéndose en momentos significativos tanto de la cotidianidad como de la excepcionalidad; los gustos, los placeres, la hondura del pensamiento, haciendo escalas en las humanas tragedias, comedias, pantomimas y maravillas, dueño de una profunda y natural melodía/armonía prosística (según creo, lo más envidiable, con cuya semilla probablemente se nace), un sentido del humor sutil, sin obviedades, y una puesta en escena de paradojas reales, algo que sólo se puede dar gracias a un exquisito y poderoso intelecto. No resisto citar al menos un fragmento de sus cartas, donde dice exactamente lo que piensa, sin corrección política o decoro mal entendido. Le habla así a su amigo Pedro acerca de una de las cumbres de la pintura occidental:

¿Tiene algún valor que te diga yo que Rubens me causa la impresión de pintar elefantes voladores, y que lo que más siento en sus cuadros (no es censura, es mi impresión, sin fabeleos) es el desequilibrio entre el peso de la materia y el dinamismo ascendente de que quiere dotarla? Rubens cree que las cosas gordas y las mujeres llenas de ampulosidad carnal suben al cielo en toda la opulencia de su materia; el cristianismo nos ha enseñado a imaginar que para subir al cielo hay que adelgazarse.

He aquí al autor desplegando sus preferencias artísticas y masculinas, sin desaprovechar la oportunidad de criticar a quien le tiene reservas, como Fabela.

Reyes era un decidido amante de su patria, que no por serlo perdía la objetividad: reconocía la verdad costara lo que costara. Siempre dueño de la musicalidad total de su lengua al lado de un rigor intelectual ecuánime, equilibrado y conciso, nos pone delante cuestiones dolorosas que evidenciaban las heridas abiertas de todo un pueblo al lado de su luminosidad, cuestiones atávicas en apariencia

incurables, los complejos colectivos e individuales, las falibilidades en contraste con un originalísimo y espontáneo ingenio, nuestra miseria y nuestra belleza, el somos todo y no somos nada comunicado merced a su dominio lingüístico, su profundo amor por la palabra, su elegancia, lo mismo en sesudos textos analíticos que en cartas muy personales. En una obra tan vasta como la suya, los ejemplos chisporrotean (resulta difícil elegir). Doy a continuación otro fragmento de mensajes exquisitos dirigidos a su amigo y colega Henríquez Ureña:

Tengo esta teoría nueva que pienso exponer, pero que tú puedes usar desde luego si te parece: ganará con difundirse. En América necesitamos de escuelas alambicadas y complicadas, de escuelas que obliguen al escritor a rebuscar y a pensar, como el gongorismo y el modernismo. El gongorismo llenaba menos sus fines, porque era más palabrística que el modernismo y, en una época de pocas ideas y de aislamiento (como fueron los tiempos coloniales en América), tenía que parar en la confusión. Así y todo, los más elegantes poetas del siglo XVIII eran los gongorinos retrasados que competían con los seudoclásicos. En América hacen mucho daño las escuelas descuidadas, como el romanticismo: en ellas todo se vuelve ripio, y no sobreviven para las antologías sino pocas cosas. [...] En México se perdió la elegancia de escribir casi por entero desde los sonetos gongorinos del siglo XVIII hasta la aparición de Gutiérrez Nájera. Somos pueblos ignorantes y necesitamos escuelas sabias y exigentes que nos obliguen a aprender.

No en balde Antonio Alatorre recomendaba siempre su lectura, y cómo se lo agradezco. Si existe en algún escritor mexicano un acuerdo fluido y sin tropiezos entre las ideas que expresa, una actitud griegamente crítica en paralelo al disfrute *de golpe*, se encuentra en Reyes, de cuya mano me he dejado llevar desde entonces. Este timonel me ha permitido disentir de lo que propone, pero, sobre todo y privilegiadamente, asentir sonriendo, sentirme a ratos su colega y siempre su alumna silenciosa.

Creo que cualquier lector de Reyes cantaría las mismas loas que yo, pero no tendrá la misma histo-

ria de acceso, la misma manera de haberlo ido descubriendo para mantenerlo presente en la escritura propia casi sin querer. Cada vez que me sorprende escribiendo frases torpes, rebosantes de relativos, repetitivas, fallidas, esas que Margit Frenk llamaba “frases chorizo”, tomo al azar un fragmento de las *Obras completas* y siento haber llegado a la Fuente Castalia, dispuesta a quitarme de encima polvo y paja. Doy un pequeñísimo ejemplo, un párrafo, de la invitación de este autor a su (y nuestro) universo griego. Dice en el proemio al *Rescoldo de Grecia*:

El viaje que vamos a emprender por el mundo espiritual de los griegos [...] toca únicamente los pulsos esenciales, deja en olvido lo accesorio, prescinde de puntos controvertibles, se atiene al enfoque definitivo [...] sin entretenerse en la elaboración confusa [...] Hoy hemos querido ofrecer una Grecia a la media calle.

Y como Reyes posee la extraña virtud de poner en práctica lo que defiende, prefiere crear literatura: quiere lectores de todos tipos; nos invita con sencillez y hasta desenfado a entrar a cada uno de los temas que aborda, trátase de la cultura occidental, la historia de este país (que, por cierto, lo implica a él directamente); su poesía, sus cuentos, su crítica, su anecdotario, los placeres gastronómicos, sus avatares como escritor o docente e, incluso, su correspondencia.

Confieso que llegué a la Capilla, allá en la prehistoria, en busca de Tito Monterroso, que impartía ahí un taller semanal. Pero Tito, con todo y la brevedad que lo caracterizaba al escribir o guiar, ya era muy famoso y taquillero, así que en ese momento no había cupo. Claramente, lo que con él se aprendía no correspondía a mi destino, al menos en ese momento. Sin embargo, gracias a Marco Antonio Campos me enteré de que la nieta de don Alfonso, Alicia, “Tikis”, ofrecía un taller donde no solamente hallé el nicho perfecto para mi soledad: conocí a mi gran Amiga con A mayúscula Ana Castaño, y a unas cuantas personas más o menos de mi edad que ya contaban con escritos propios y lecturas variadísimas (desde Basho hasta Carlos Castaneda), así como sensibilidad y asombrosos elementos de

juicio. Ahí, en Benjamín Hill 122 (el mismo número, cabalísticamente certero, de la casa morelense donde he vivido desde hace más de treinta años), a unas cuadas de la casa de otro de mis faros, José Emilio Pacheco, entre todos esos títulos maravillosos y lo que ahora constituye la memorabilia, su sillón de lectura, sus bastones, el títere de Valle Inclán que aparecía en un lugar distinto día con día, y tantos otros objetos cargados de significado, supe de la convocatoria al Premio Alfonso Reyes para Jóvenes Escritores, que representó un estímulo para leer más al autor y quizás intentar escribir sobre alguno de sus textos. Sin pretender compararme con los demás miembros del grupo, entre los que se contaba quien había ganado el premio el año anterior con unas divertidísimas cartas imaginarias entre don Alfonso y un corresponsal inventado por él, reconocí mi falta de originalidad, aunque no me deprimí: decidí dialogar con Reyes “a mi guisa” (frase muy Alfonsina), según yo, como él parecía haberlo hecho de cierto modo poniendo a conversar a Elena y Aquiles, a su ingenio y su conciencia, o a su pluma y al duende de la biblioteca. Todo en un silencio obligado por un accidente que me cayó de no sé dónde y me calló abruptamente la boca, haciéndome suspender el trabajo con que me ganaba la vida: yo daba clases de inglés y de español en Berlitz, pero, con los dientes rotos, resultaba imposible. No hay mal que por bien no venga; lo que yo necesitaba era tiempo para concentrarme en la lectura. Y he aquí que volví a tener suerte con un segundo lugar que, casi por arte de magia, pasó a ser el primero al descubrirse en la información de la plica que el “ganador” ocupaba un cargo importante en la Universidad de Nuevo León (cosa que estaba prohibida explícitamente en la convocatoria). Sin hacerme muchas bolas y con toda humildad, acepté la distinción. Fue así como se publicó en el Boletín mi “Diálogo socrático en Alfonso Reyes”. Más adelante, por gusto y devoción, le dediqué mi tesis de licenciatura en la UNAM: “Las Tres Ifigenias: aproximaciones a *Ifigenia Cruel*”. En primer lugar, analicé en ella las Ifigenias de la antigüedad (Eurípides, Racine, Goethe); a continuación, me concentré en la *Ifigenia Cruel* de Reyes, pasándola por el filtro comparativo de Mallarmé,

Valéry y las Ifigenias hispanoamericanas. Al final, hice del hijo del general Bernardo Reyes de la *Ora-ción*, es decir, el propio don Alfonso, una Ifigenia que huye ante los sucesos de la Decena Trágica en la que murió su padre. En este trabajo caminé casi a solas porque, cosa muy extraña, nadie había dedicado estudios académicos a esta parte de la obra; y también porque quien se especializaba entonces en este autor, Ernesto Mejía Sánchez, estaba sumamente ocupado con otras responsabilidades.

Desde aquellos años, fines de los setenta, no he dejado de leer y releer a Reyes. Por un motivo u otro, siempre termino acudiendo a su erudición sin pomposidades, a su prosa fluvial y llena de sentido. Tal como ha afirmado certeramente Adolfo Castañón, “no es que Reyes sea un autor prolífico; es, más bien, toda una literatura”.

¿Cómo medirse con la vara de Reyes o de Borges sin salir perdiendo? Para no descorazonarse, hay que intentar, sólo en la medida de lo posible, seguir su ejemplo. La lección número uno, acaso la central, es la congruencia, el no servir a dos amos. Se está inmerso en lo que uno eligió como compromiso, o tarde o temprano ese mismo quehacer cobrará aranceles, entre los cuales la desafinación irá ganando terreno. Así pues, desde un principio, he sabido que no poseo los dones inventivos del novelista o del cuentista. Me guste o no, me torture o no, exija lo que exija, me abandone por temporadas o me obsesione día y noche, la poesía es mi quehacer principal; de hecho, vivo en ella, aunque no la esté escribiendo, en lo que siento, lo que digo, lo que pienso, lo que sueño; en lo que construyo y en lo que destruyo. Con esto no pretendo pasarme de lista haciéndome la “inspirada”; simplemente estoy segura de que lo esencial de la poesía es el hecho de que en su mundo no se atenta contra la pluralidad de significados. En el poema, una palabra se dispara hacia la multiplicidad, un verso hace lo mismo, una estrofa también. De hecho, lo unívoco de la prosa, si ésta es poética, adquiere distintos timbres. Es ahí, en este ámbito, donde soy capaz de vivir, donde no reina la ficción, donde se va al grano a sabiendas de su subjetividad, del dolor que suele acarrear si se la toma en serio. A consecuencia, cuando escribo prosa, siempre voy de la mano de la poesía,



Pura López Colomé, en un curso de poesía y traducción, en El Colegio Nacional, el 13 de junio de 2023.

de modo que solamente me siento a gusto con el ensayo literario. Y aquí, en esta zona, aunque suene inmodesto, me encuentro con Alfonso Reyes.

La oración, la biografía, la teatralidad y su impacto

Inmersa ya en la lectura de Reyes, oscilando entre su poesía y su prosa, otro golpe del destino me permitió no distraerme. En este caso, tuve la fortuna de presenciar la magnífica puesta en escena de Luis de Tavira de la *Ifigenia Cruel* entretejida con la lectura en voz alta de la *Oración del 9 de febrero* al fondo. Mientras Ifigenia, según yo absorbí al personaje, a un lado del escenario dejaba salir en palabras el humo negro de su duelo, su abandono, su soledad sin memoria, al otro, un actor joven, de espaldas, bajo la muy tenue luz de una lámpara sobre una mesita, representaba al joven Alfonso Re-

yes recordando y escribiendo acerca del horrendo asesinato de su padre durante la Decena Trágica, ocurrido treinta años antes. Sin el menor dejo de sentimentalismo y sí con el dolor vivo por lo que él llama “una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo”, Reyes dio cuerpo al general no como alguien infalible, ni siquiera como un héroe, sino como una víctima propiciatoria. De ingenuidad no tenía un ápice Bernardo Reyes. Era, en todo caso, un patriota con convicciones entregado a su deber, punto. Su brillante y muy inteligente hijo lo admiraba amorosamente, permitiéndose el lujo de poner estos sentimientos por escrito sin falsos pudores, echando mano de un estilo único, inimitable.

Lo que yo considero el gran acierto de don Alfonso es la creación de una entidad inasible, un espíritu aterrador, no imaginario, sumamente real, casi tangible, tanto como algunos sueños en los que logramos recuperar a personas idas, muer-



Pura López recibe el Premio Alfonso Reyes en Humanidades, el 9 de abril de 2024.

tas, que llegan hasta nosotros, se sientan a nuestro lado en la cama, y, al encender la luz, comprobamos su visita en la forma que dejaron sobre la cobija; una especie de difuso recuerdo que nadie parece compartir, una aparición sólo para uno, una nube que lo sobrevuela todo y lo posee, más allá de la razón, de nuestros juicios o valoraciones literarias, y nos regala *la* verdad a cuentagotas: no puedo ocultar el culto que le tengo a esa entidad llamada *memoria*.

Alfonso Reyes, entre otros grandes autores, al revelar su humanidad, esa “yegua que intenta salirse de su sombra”, me mostró e hizo confiar no en el engañoso e imbibifurcable sendero de la retentiva, sino en el camino que borgianamente se bifurca, el dibujado por la memoria, que ahora identifico también con el trazado por el emblemático personaje de Lewis Carroll, algo transparente que llama, que convoca, que dice sí, sí, es por aquí, vas bien, no te distraigas, y al mismo tiempo, al dar en él los primeros pasos viendo una especie de horizonte a lo lejos, comienza a difuminarse para dejar-

me a solas ante los cuatro puntos cardinales, obligándome a cerrar los ojos y buscar por dentro el verdadero camino, el camino verdadero. Si bien en él me acompañan ciertas personas de manera fugaz, sí siento el constante aleteo de un ave invisible y sin agüero, que me atreví a llamar por su nombre al final de mi libro *Borrosa Imago Mundi* de la siguiente manera:

Memoria que no muere con la muerte

Albatros suspendido
Albatros atrapado
en una nube, majestuoso
Albatros disecado
en pleno vuelo

En estas dos obras de Reyes, la *Ifigenia Cruel* y la *Oración del 9 de febrero*, se revelan las puntas del hilo de oro de su vocación: nos conducen a todas las demás, propias o ajenas, las suyas y las nuestras, para encontrar el brillo central de la experiencia. En ellas se cifra el impacto de toda obra de arte cabal, eso que la hace ser lo que es: algo cuya lectura nos transforma, nos hace ver el mundo de otra manera. La *Ifigenia* inicial es tan humana que rezuma lo que cualquiera de nosotros conoce hasta la saciedad: el amor, el dolor, la desilusión, la devoción, la espiritualidad. Representa a Reyes dispuesto a todo por su patria y su padre. Una vez que las fuerzas oscuras lo hacen abandonar México lleno de horribles rencores, incluso justificables, aprovecha la ocasión que el tiempo le ofrece para reflexionar: “Huyo de mi recuerdo y de mi historia, / como yegua que intenta salirse de su sombra”. Encarnado en la sacerdotisa y sacrificadora, permanecerá lejos, en el intento de poner coto a su furia. Obviamente, no podía regresar al país sin sublimar lo que aún sentía. El rey Toas, con la templanza de quien se halla más allá de las pasiones, le da la clave de su curación interior, su purificación:

Todo lo sé: la onda cordial desata,
cólmate de perdón hasta que sientas
lo turbio de una lágrima en los ojos:
Mata el rencor, e incéndiate de gozo.



Silvia Giorguli, presidenta de El Colegio de México, hace entrega del Premio Alfonso Reyes en Humanidades 2023.

Palabras éstas solamente se conciben en boca de un guía sabio. Siente el veneno que traes dentro y expúlsalo, aconseja, pues eres igual a los demás, igual a quienes han causado las heridas. Enfrenta tus recuerdos y sal de su misterio: escribe la *Oración* para perdonar. Sólo así serás digno de la libertad.

Para concluir, daré lectura a un poema más o menos reciente, parte del libro de inminente aparición en el Fondo de Cultura Económica, *Expósita*.

De un hilillo pende

*la Verdad que dice Sombra...**

...como la savia
que por el tallo asciende,
vibra en su timbre
y se enciende;
apaga eso
que estaba de más
esa carga de la vida;

* Paráfrasis de Paul Celan.

igual, cantando
en otro sentido,
pende la hebra al aire
de una bella telaraña rota,
previo reflejo del cosmos.

Sutil bordado
de viuda negra
llorando.

Sus lágrimas
minúsculas
resbalan
perfectas
como el rocío,
mientras las notas
reverberantes
se disolvían sin querer,
óvalos pálidos
en uno de tantos lechos;
y la sangre, ay la sangre
—sorda al desprendimiento
del otro hilillo flotante—
seguía su cauce
con espesa lentitud
trasladando,
sustanciando



la poderosa intención
de ancho río subcutáneo.
Demasiado peso,
demasiada pena
para un cuerpo común y corriente
cuyas redes interiores
habían soltado ya
tanta banalidad, tal indelicadeza.

Y yo instalada en el recuerdo de
la fuerza que por el verde tallo
mientras la viuda retenía
su misterio,
encerrado a piedra y lodo:
alguien a las dos
nos observaba
desde otra esfera
a punto de articular
el engañoso “aliento”
que me diría al oído:
 será primavera
 cuando esta luz
 nos atraviese.

[Me soñé despierta, vigilando tu respiración pausada, tu sonrisa involuntaria con los ojos cerrados. De la nada, comenzabas a hablar. No entendía bien tus frases. Un remolino de palabras, sílabas sueltas, algo en torno a un tejido protector... un olvido de. Emisiones inconexas, eco vaporizando el ritmo de inhalación y exhalación. Me acerqué y aspiré el dulce aire frío. Principiaba el ciclo, según el calendario].

Misterio encarna
la boca,
el burdo músculo interior
cuyo nombre confunde
lengua
con multiplicación
babélica y deseosa.
Ella permite también
cantar a coro
uno con uno,
en acrobacia
sobre un hilillo
de voz.

Que ahora lanzo a los cuatro vientos
suplicando al buen entendedor
al buen pastor
al buen misterio
a buen puerto llegar
a la buena de Dios
a buena hora,
que cure
este dolor
anónimo,
que nos toque la piel,
nos toque en suerte,
nos arranque
los acordes
que anuncien
el fin
dando fin
a esta falta atroz
de compasión.

[Sin la menor sombra de duda y comenzando por la sombra, la palabra, profeta en su tierra, se cierne sobre *esta* tierra adolorida. Un recuerdo aislado, sumergido en la emoción adolescente, ahora me grita que la elegía de W. H. en memoria de W. B. concentraba todas las respuestas. Me pone los cabellos de punta. Recuerdo haber leído ese llanto atronador, dejándome penetrar por su verdad sin religión: “la poesía *no* hace que algo ocurra”, haberlo sentido en carne propia: *no* revive a mis muertos, *sí* deja en su lugar un canto fúnebre. Ese verso, tan manoseado, lleva después, en las frases contiguas, el relámpago, la tangible profecía, esa

que nadie cita ni recita, en la que muy pocos reparan: “sobrevive en el valle de su decir ... fluye hacia el sur, entre granjas desoladas, rebosantes de congoja, pueblos toscos en los que creemos y morimos; sobrevive, una manera de ocurrir, una boca”. En efecto, la poesía no hace nada (como se dice de un animal que parece violento y agresivo, pero también sabe llorar, echar cataratas de ternura por los lagrimales). No hace “nada”, (su decir) no hace daño. Solamente hace creer, hace mirar, hace pensar, hace llorar. Esta *vox clamantis* vaticinó lo que *sí* seguirá vivo. Nos iremos yendo uno por uno, de diez en diez, de cien en cien, de mil en mil, este afónico concierto de las almas. *Nos iremos yendo*. Con todo y lengua. W.B. “desapareció en pleno invierno”, según el calendario. Como mis sueños. O mis recuerdos].

Mientras las cuerdas
vocales
sean

Primavera

Mientras los hilos
asciendan
por el tallo de la flor

Verano

Mientras la miniatura
de estas vidas
alcance y conmocione

Otoño

Mientras llega el invierno.
Mientras se vaya yendo. ❧

*Pura López Colomé: una poeta pura***

La extensa labor creativa de Pura López Colomé abarca dos ámbitos centrales: la poesía y la traducción, complementados por su vertiente ensayística. Por supuesto, la traducción es una tarea que también requiere una delicada y mesurada creatividad artística. Sobre este punto, conviene recordar al maestro en cuyo honor recibe hoy Pura este premio, Alfonso Reyes, quien consideraba que el aspecto creativo implícito en la traducción había incitado a los grandes escritores a emprender ese quehacer. Por cierto, quienes anhelan descubrir presagios, dirán que este premio ya estaba vaticinado desde hace años: primero, cuando, en la década de 1970, Pura participó en el taller literario de Alicia Reyes en la Capilla Alfonsina, y, después, cuando mereció en 1977 el Premio Nacional Alfonso Reyes para jóvenes escritores, en el área de ensayo, por su trabajo *Diálogo socrático en Alfonso Reyes*.

Las aportaciones de Pura a la poesía son visibles en las varias decenas de libros que hasta ahora ha publicado. Sin duda, la suya es una de las voces poéticas más notables y originales de la literatura mexicana de las recientes décadas. Desde sus ini-

* Profesor-investigador en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México.

** *Laudatio ofrecida* por el autor a la poeta, ensayista y traductora Pura López Colomé en la ceremonia en la que ella recibió el Premio Alfonso Reyes en Humanidades 2023, el 9 de abril de 2024, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.



Rafael Olea Franco durante la ceremonia de entrega del Premio Alfonso Reyes en Humanidades 2023, el 9 de abril de 2024.

cios como escritora, algunos de sus textos fueron incluidos en antologías diversas, tanto de lengua española como inglesa (esto último gracias a su translación ajena a ese idioma). La simple enumeración de sus títulos abarcaría la mayor parte del espacio del que dispongo, por lo que mejor compartiré con ustedes breves muestras de su obra.

El tiempo, el amor y la muerte, quizá los tres temas más constantes en la poesía, son el eje de la literatura de López Colomé. De este modo, ella cu-

bre las dos vertientes que Octavio Paz juzgaba imprescindibles en el ejercicio de la literatura: el ser humano enfrentado a sí mismo y al universo, y el ser humano en relación con sus semejantes.¹ La suya no es una literatura de la estridencia, sino de la construcción de sutiles contrastes, por ejemplo, por medio de la introducción de versos entre paréntesis. Ilustro esto con un simple caso.

En su poema “No digas nada”, de su libro inaugural de 1985 *Sueños del cazador*, el yo lírico enuncia en la última estrofa, exultante:

Recuerdo mi regreso al puerto
con el cabello empapado,
el agua gotea sobre mis hombros
ya nada es temible.²

Sin embargo, luego de la enunciación de esta gozosa certeza, se añade, entre paréntesis:

(dentro del cráneo
los gusanos
que supuestamente abonarán la tierra
continúan con concéntricos caminos
que llevan a algún lado).

Estos versos evocan al Rubén Darío del poema “Lo fatal”, cuyo sujeto lírico enuncia el contraste vida / muerte con los versos: “y la carne que tienta con sus frescos racimos / y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos”. Pero tal vez mi comparación sea imprecisa e injusta, porque Darío casi nos prohíbe gozar de la vida, mientras que en la poesía de López Colomé hay un despliegue constante del ejercicio de los sentidos y de la sensualidad, lo cual nos invita a vivir, aun a sabiendas de lo que nos espera al final.

¹ Así lo expresó en un magnífico ensayo sobre Borges difundido pocos meses después del fallecimiento del escritor argentino: “Tal vez la literatura tiene sólo dos temas: uno, el hombre con los hombres, sus semejantes y sus adversarios; otro, el hombre solo frente al universo y frente a sí mismo” (Octavio Paz, “El arquero, la flecha y el blanco”, *Vuelta*, agosto de 1986, núm. 117, p. 29).

² Pura López Colomé, *Poemas reunidos 1985-2012*, México, Conaculta, 2013, p. 23.

Su poesía elabora con frecuencia rutilantes imágenes, las cuales incluso pueden funcionar por sí solas, separadas del resto del poema. Así, en medio de un poema leo este casi dístico: “Vi trepar al gato por tu espalda / como enredadera.”³ Al escuchar estas palabras, casi entreveo al dúctil felino moviéndose en espiral.

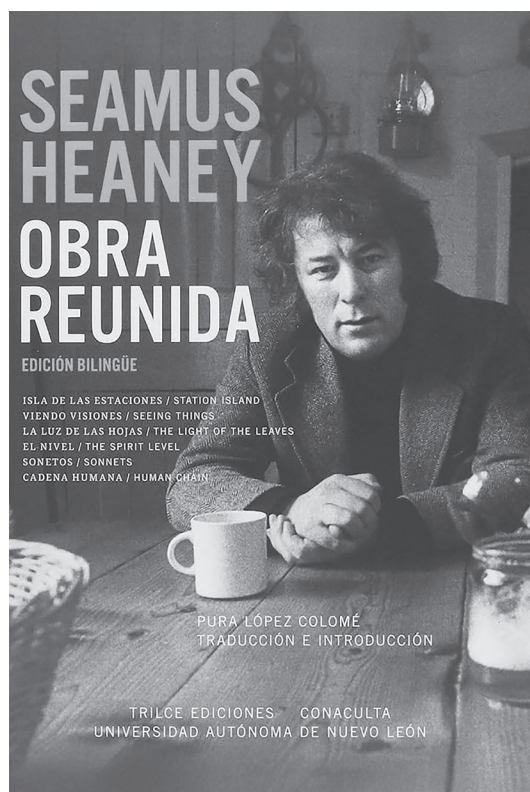
A principios del siglo xx, hubo en la literatura hispanoamericana una polémica sobre el verso libre, que es la forma preferida por López Colomé. Leopoldo Lugones afirmó, con insidia, que en realidad los versolibristas escribían un texto en prosa, el cual luego dividían en fingidos versos independientes, que colocaban en disposición vertical. En contra de esta simplista postura, Borges postuló que el verso libre llega incluso a ser más arduo que el clásico, pues mientras en este último la rima y la métrica proporcionan un modelo fijo, cada poema concebido en verso libre debe encontrar su propio y único ritmo.⁴ Así sucede con la poesía de López Colomé, hasta en sus esporádicos poemas en prosa. Por cierto, en la impresión de sus textos a veces se aprecia un cuidadoso trabajo tipográfico para marcar espacios en blanco que indican la cadencia de la lectura.

He mencionado el tiempo como uno de los ejes de la poesía. Quizá la búsqueda de López Colomé en este punto se resume en su poema “Mar de dulces lágrimas”, de su libro *Un cristal en otro* (1989), donde se habla de un anhelo por atrapar lo que transcurre. Precisamente eso es lo que persigue la poesía: convertir en permanente lo que sólo es fugitivo.

“Imperfecta semejanza” ha llamado López Colomé al resultado del complejo proceso de traducción. La frase, además de poética, me parece acertada: el desafío de la traducción consiste en decir “lo mismo”, pero de otra manera, para empezar, porque cada sistema de signos lingüísti-

³ *Ibid.*, p. 20.

⁴ Por ejemplo, en un prólogo propone: “Como todo joven poeta, yo creí alguna vez que el verso libre es más fácil que el verso regular; ahora sé que es más arduo y que requiere la íntima convicción de ciertas páginas de Carl Sandburg o de su padre, Whitman” (J. L. Borges, *Obra poética, 1923-1964*, Buenos Aires, Emecé, p. 8).



cos posee sus propiedades muy específicas; representa no sólo un modo singular de percibir la realidad, sino también algunas de las infinitas posibilidades de construir efectos estéticos mediante la lengua.

Su labor como prolífica traductora se ha centrado en particular en la literatura en lengua inglesa, a veces con base en un sano trabajo colectivo, como hizo en su libro *Palabras en el aire*, volumen de más de 1200 páginas donde se reúnen las cartas intercambiadas durante décadas por los escritores Elizabeth Bishop, traducidas por Pura, y Robert Lowell, a cargo de Juan Carlos Calvillo. En una lista meramente enunciativa, se encuentra que López Colomé ha traducido textos de Malcolm Lowry, William Carlos Williams, Samuel Beckett, T. S. Eliot, Ezra Pound, Sylvia Plath, Paul Celan, Katherine Mansfield, Virginia Woolf, Gertrude Stein, Simone de Beauvoir, Aldous Huxley, Georges Trakl y, sobre todo, del Premio Nobel 1995 Seamus Heaney, con quien mantuvo un diálogo continuo, tanto escrito como oral, ya que se benefició del intercambio directo con él.

En su traducción conjunta de seis libros de Heaney compilados en un solo volumen, Pura se ganó el derecho de escribir una introducción, privilegio raramente concedido a los traductores. De este prefacio rescato una frase que ella adjudica a Heaney: “Como escritor no quiero salir nunca de mi profundidad fonética original”.⁵ Esto plantea un desafío enorme para el traductor, quien está obligado a forzar a los textos a salir de su profundidad fonética original. Quizá un breve poema del propio Heaney, en la versión de López Colomé, sintetice el oficio del traductor. Su título es “Cerceta”, palabra que, para un ignorante de la ornitología como yo, simplemente remite a una especie de pato migratorio. El poema dice:

Le habían disparado mal.
 Cuando la desplumaba halló,
 según dice, la caja de la voz,
 como un silencio de flauta,
 en el gahzate roto
 y le insufló su propio lamento de ave
 sin querer.⁶

Me pregunto si acaso la labor de un traductor no consiste en eso: insuflar su propio lamento de ave en una caja de resonancia en principio ajena, pero que con ese acto transforma en suya. No es casual que *Resonancia / Resonance* haya sido el título usado en una edición de poesía a cargo de López Colomé y Alastair Reid, quienes compilaron, tradujeron y prestaron sus voces a poemas en lengua española e inglesa, de autores del siglo xx.⁷

En ese mismo prólogo, López Colomé también se animó a emitir confesiones autobiográficas. Así, recuerda haber aprovechado, en la escuela de Dakota del Sur donde estudió varios años, las clases de una maestra originaria del norte de Irlanda; ella la

⁵ Citado en Pura López Colomé, “A la altura de mí mismo”, prólogo a Seamus Heaney, *Obra reunida*, edición bilingüe, tr. P. López Colomé, México, Trilce Ediciones/Conaculta/Universidad Autónoma de Nuevo León, 2015, p. 13.

⁶ *Ibid.*, p. 75.

⁷ *Resonancia / Resonance. Poesía en dos lenguas*, comp., tr. y voces de Pura López Colomé y Alastair Reid, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, libro y tres discos compactos.



Mónica Stettner, representante de la Fundación Colmex, entrega a Pura López el estímulo económico que acompaña al Premio Alfonso Reyes en Humanidades.

introdujo en un mundo distinto, pues, dice: “Me dio a leer poemas que me salvaron la vida y me condujeron a la valoración posterior de mi propia lengua y sus realizaciones artísticas” (p. 18). Ya de regreso a su cultura materna, Pura atribuye parte de su comprensión de sor Juana, Villaurrutia, Gorostiza y Paz a su lectura de Emily Dickinson, Shakespeare, Yeats o Heaney. Y no sólo eso; también plantea que esa experiencia contribuyó al camino doble que desde entonces ha recorrido: “De modo que, cuando empecé a escribir poesía, supe que mi quehacer paralelo sería la traducción, la búsqueda del hilo secreto del lenguaje universal oculto que, afirma Walter Benjamin, necesita de esta actividad para revelarse” (p. 18).

Como el propio Heaney fue traductor, no es extraño que alguna vez intentara disipar la frustración que provocó en Pura el no poder encontrar las

palabras justas para trasladar una frase del inglés al español; entonces él le proporcionó este consejo: “Es inevitable introducir la propia voz al traducir” (p. 19), frase que ella dice conservar sobre su escritorio y leer todos los días. Pero, añado yo, para que esa voz no se convierta en un mero grito disonante, debe ser emitida también desde las capacidades de un traductor que sea poeta, es decir, que funja como traductor sin dejar de ser poeta, tal como sucede con López Colomé.

Según Pura, John Montague llamó a Heaney un “místico de lo ordinario”, por su capacidad de transfigurar en extraordinario lo que en principio sólo era común y corriente. Luego, pensando en la obra del irlandés, asegura que la poesía alienta en todos los objetos y materiales: en la madera, en el vidrio, en una piedra, en el metal. Esto se percibe también en la literatura de López Colomé, inclu-

so mediante las pequeñas sorpresas de la vida que desfilan en su obra, ya sea en enumeraciones disparejas o en secuencias perfectamente estructuradas. Pienso, por ejemplo, en las diversas series que componen su libro de 2012 cuyo título deriva de una forma musical popularizada por Schubert: *Lieder*. La serie denominada “Letanía en el huerto” está compuesta por siete poemas bímembres contruidos de manera paralela: primero, un poema en prosa; después, otro en verso libre, el cual parece desarrollar lo sugerido en la parte inicial; cada uno de los siete textos rinde tributo a un árbol frutal diferente: el níspero, el limonero, el aguacate, el cafeto, la higuera, el guayabo y el mango. Leo el arranque de las dos partes del poema dedicado al “áspero níspero”, como se le denomina con un ingenioso juego de palabras que acentúa la aspereza de los vocablos esdrújulos. La sección en prosa inicia: “Creo entender que en ciertas tierras (las que se avizoran desde el mar) se considera fruta sin sentido, nacida para el desperdicio, demasiado poca carne, demasiado grande el hueso; cuerpo frutal raquítico que se da a las bestias”.⁸ La parte en verso arranca:

En ciertas tierras
que se avizoran
con catalejos
desde el mar,
es fruta
sin destino excelso,
nacida para el desperdicio,
demasiado poca carne,
demasiado grande el hueso,
cuerpo que se ofrece
con temor reverencial,
que se consagra núbil
a las bestias,
bestias feroces
o sólo hambrientas⁹

Pero no en todos los poemas de “Letanía en el huerto” hay una correspondencia tan directa entre

⁸ López Colomé, *Poemas reunidos*, p. 641.

⁹ *Ibid.*, pp. 641-642.

la sección en prosa y la versificada. En “Higuera”, la brevísima primera parte, que empieza con una frase de la cultura popular, dice: “Cuando la higuera reverdezca. Y deje a un lado su rugosidad, su nula sensualidad, su engaño implícito de origen. Entonces, cuando te vuelva a ver. Es decir:”, y luego de esta última frase explicativa, que también aparece en los otros textos de “Letanía en el huerto”, el poema en verso despliega así la relación entre ese “yo” y ese “tú” anunciados en la frase “cuando te vuelva a ver”:

En el verdor tierno
me estarás aguardando.
En la rugosidad perenne
me irás al cabo borrando.
En el fruto extraño
me irás descifrando.
En tu raíz digital
lucirás el cordón
umbilical
de mi progenie.¹⁰

En efecto, la vida latente en la higuera, en apariencia inerte y seca, puede desplegarse en el tiempo de formas complejas (incluso resultó propicia para la concreción de la santidad de san Felipe de Jesús, según cuenta la leyenda).

¿Qué es la poesía y en qué consiste la misión de un poeta? Me temo que nadie lo sabe a ciencia cierta. Las definiciones de diccionario son siempre insuficientes para las cosas profundas de la vida; resultan más útiles y plausibles las propuestas literarias, es decir, poéticas, ya sea en verso o en prosa. Entre estas últimas, escojo el relato “El informe de Brodie”, donde Jorge Luis Borges emula el tono de *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, para inventar una primitiva sociedad, descrita por un personaje externo, el sacerdote y misionero Brodie, quien supuestamente redactó un manuscrito en inglés, traducido al español por el narrador. En la ignota sociedad descrita por Brodie también florecen los poetas:


¹⁰ *Ibid.*, p. 649.



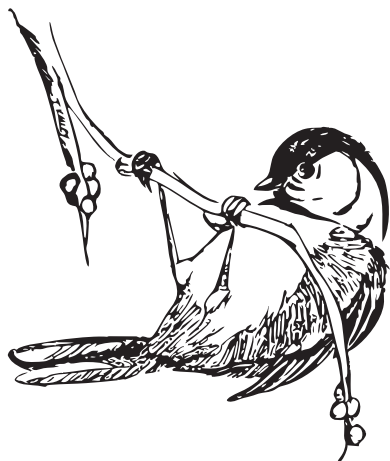
Otra costumbre de la tribu son los poetas. A un hombre se le ocurre ordenar seis o siete palabras, por lo general enigmáticas. No puede contenerse y las dice a gritos, de pie, en el centro de un círculo que forman, tendidos en la tierra, los hechiceros y la plebe. Si el poema no excita, no pasa nada; si las palabras del poeta los sobrecogen, todos se apartan de él, en silencio, bajo el mandato de un horror sagrado (*under a holy dread*). Sienten que lo ha tocado el espíritu; nadie hablará con él ni lo mirará, ni siquiera su madre. Ya no es un hombre sino un dios y cualquiera puede matarlo. El poeta, si puede, busca refugio en los arenales del Norte.¹¹

¹¹ Jorge Luis Borges, "El informe de Brodie", en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1986, v. II, p. 453.

Pero de ningún modo deseo infundir pavor en Pura, porque en esta realidad alterna de la literatura en la que ahora estamos, no lapidamos a los poetas, sino que, luego de pretender inútilmente agotar los múltiples sentidos de sus enigmáticas palabras, les rendimos homenaje, como hace hoy El Colegio de México al otorgarle el Premio Alfonso Reyes en Humanidades 2023.

Muchas felicidades, Pura, por este premio, que estoy seguro de que contribuirá a que sigas siendo una fecunda poeta traductora (o quizá, simplemente, una pura poeta). 

Poemas



I. Níspero

(con música de Alejandro Folgarolas)

Creo entender que en ciertas tierras (las que se avizoran desde el mar) se considera fruta sin sentido, nacida para el desperdicio, demasiado poca carne, demasiado grande el hueso; cuerpo frutal raquíptico que se da a las bestias. No digas eso, responde una voz de brisa: cuando se tienen en la mira sutilezas, un cierto aroma masticable que dura sólo unos instantes, y uno se demora, indeciso, los pájaros ganan la carrera, llegan antes, y dejan el suelo alfombrado de semillas; por eso cantan tan divinamente, complaciendo a quienes nunca se plantearon circunloquios. Los de un color, si acaso, de una flor. Color ovalado, piel lampiña. Hay quien se arriesga a tildarlo de áspero al paladar, digno sólo del levante y mediodía de España,

aunque su nombre provenga del Japón. Lo hay aquí. Aquí lo conocí. Le quité la pelusa por temor a que raspara la garganta de criaturas fascinantes. Siempre he querido usarlo para lo que no sé si sabré confeccionar, mermeladas y jaleas, cosa facilísima aunque peligrosa, pues de golpe trae la infancia de regreso. Me moriría de felicidad. Volvería a sentir correr a esas criaturas por mis venas, las volvería a ver, sin miedo. Es decir:

En ciertas tierras
que se avizoran
con catalejos
dese el mar,
es fruta
sin destino excelso,
nacida para el desperdicio,
demasiado poca carne,
demasiado grande el hueso,
cuerpo que se ofrece
con temor reverencial,
que se consagra núbil
a las bestias,
bestias feroces
o sólo hambrientas.
A punto de caer
en cascada,
responde
una voz de brisa:
si de sutilezas se trata,
de un cierto aroma masticable



que dure sólo unos instantes,
no habrá pájaro que gane,
llegue antes,
deje el suelo vil
alfombrado de huesitos,
pupilas de lince,
todo lo que brilla es oro.

En cambio,
entre brisa y brisa
hay colores ovalados,
de piel lampiña.
Nunca faltará quien
lo denueste
y ofenda, lo tilde
de encarnación
de la aspereza,
y con música lo insulte:
áspero níspero,
digno sólo de Levante y Mediodía,
siendo esencia muy lejana.
Entre risa y risa
convive todo el mundo
en la infancia de salivas,
paladares.
No para brincar de gusto:
para morir de felicidad
volviendo a ver correr
en ese supremo instante
criaturas líquidas,
esta vez sin miedo.

Pura López Colomé, *Poemas reunidos*, 1985-
2012, México, Conaculta, 2013, pp. 641-643.

V. Higuera

Cuando la higuera reverdezca. Y deje a un lado su
rugosidad, su nula sensualidad, su engaño implí-
cito de origen. Entonces. Cuando te vuelva a ver.
Es decir:

En el verdor tierno
me estarás aguardando.
En la rugosidad perenne
me irás al cabo borrando.
En el fruto extraño
me irás descifrando.
En tu raíz digital
lucirás el cordón
umbilical
de mi progenie.



Pura López Colomé,
Poemas reunidos,
1985-2012,
México, Conaculta,
2013, p. 649.



Los niños de la vía del tren


Cuando trepamos por aquella cuesta
estábamos a la altura ocular de las puntas blancas
de los postes de telégrafos y los cables, cuántos cables,

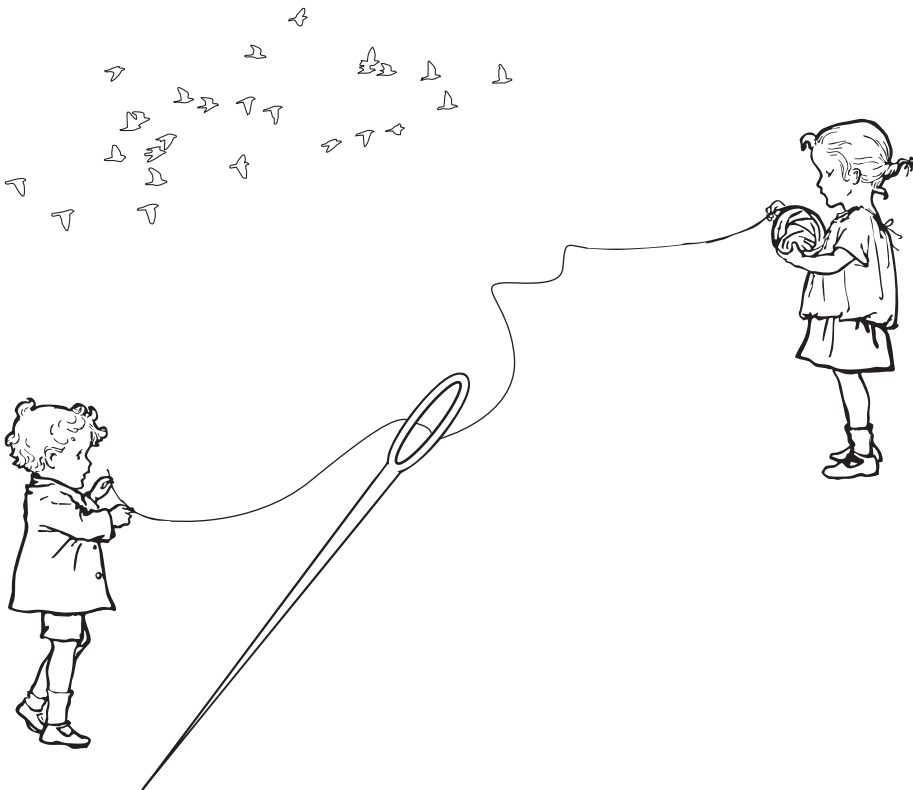
chisporroteando como una hermosa mano al aire,
se curvaban al este y al oeste, lejos, lejos,
combándose bajo su carga de golondrinas.

Éramos pequeños y creíamos no saber nada
que valiera la pena. Las palabras, según creíamos, viajaban
por los cables en las brillantes bolsas de gotas de lluvia.

Cada una preñada de la luz del cielo,
el brillo de las líneas, y nosotros
hechos a tan infinitesimal escala

que podíamos pasar por el ojo de una aguja.

Seamus Heaney, *Isla de las estaciones* (2006).
Traducción de Pura López Colomé. 



Acerca del Premio Alfonso Reyes en Humanidades que otorga El Colegio de México

El Colegio de México instituyó en 2010 dos premios: el Alfonso Reyes en Humanidades y el Daniel Cosío Villegas en Ciencias Sociales, que se otorgan cada dos años en forma alternada. Por única ocasión, por ser la primera y por cumplirse entonces los setenta años de la institución, se entregaron los dos galardones en ese año.

El objetivo del Premio Alfonso Reyes en Humanidades es reconocer la trayectoria de destacados humanistas que, nacional o internacionalmente, hayan realizado aportaciones al desarrollo, conocimiento y difusión de las Humanidades; quedan excluidos de este premio los miembros en activo de la comunidad de El Colegio de México. Los premiados reciben un diploma expedido por El Colegio y un estímulo económico otorgado por la Fundación Colmex.

Años antes, El Colegio de México había entregado a algunos destacados académicos de México y del extranjero réplicas de la escultura que está a la entrada de su sede, la *Semina motum*, la semilla que inicia el movimiento, del artista Luis Palacios; sin embargo, estas entregas habían estado poco reglamentadas, no había una normatividad al respecto. Los premios que se entregan a partir de 2010 están debidamente reglamentados. Sólo pueden proponer candidatos para obtenerlos miembros del personal académico de esta institución y el jurado está compuesto por un miembro electo de cada uno de los ocho centros de la institución. El Premio Daniel Cosío Villegas en Ciencias Sociales lo obtuvo por




primera vez el ingeniero, químico, investigador científico y profesor mexicano Mario Molina, uno de los descubridores de las causas del agujero de ozono antártico y Premio Nobel de Química en 1995. El primer Premio Alfonso Reyes en Humanidades lo recibió el filósofo, investigador, profesor y diplomático Luis Villoro, catalán de nacimiento y mexicano desde su juventud, miembro de El Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua, embajador de México ante la UNESCO y Premio Nacional de Ciencias y Artes en 1986. Una muestra de la calidad del Premio Alfonso Reyes en Humanidades es el grupo de candidatos que fue-



ron propuestos para su primera entrega: José Manuel Blecua, Javier Cercas, Noam Chomsky, John Elliott, Tulio Halperin Dongui, Eric Hobsbawm, Alfredo López Austin, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Tomás Segovia, Jorge Semprún, Mario Vargas Llosa y Luis Villoro. En una primera ronda, quedaron sólo dos candidatos y de ellos, en una nueva elección, Villoro obtuvo siete de los nueve votos.

Luis Villoro fue discípulo de José Gaos, el primero de los invitados españoles que llegó a La Casa de España en 1938, la institución antecesora de El Colegio de México. Dentro de la producción editorial

del Colmex, Villoro es autor de uno de los textos que conforman la emblemática *Historia general de México* y, dentro de su amplia bibliografía, su primer libro fue publicado en El Colegio: *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950).

El grupo de premiados que inició con Luis Villoro y al que la más reciente en incorporarse es la poeta Pura López Colomé, se completa con los siguientes personajes: José Emilio Pacheco (2011), Francisco Rico (2013), Miguel León-Portilla (2015), Margo Glantz (2017), Herbert S. Klein (2019) y Enrique Florescano (2021). 

*Dos formas de democracia: liberal y comunitaria**

Quisiera dedicar esta sesión a la memoria de Alfonso Reyes, que fue durante mucho tiempo director de este Colegio; su nombre está siempre unido a la filosofía griega y técnica, y a una visión humanística que están para siempre ellas unidas; la tecnología y las humanidades están siempre unidas en la figura de Alfonso Reyes. Muchas gracias a ustedes por su asistencia y muchas gracias a Alfonso Reyes por la memoria que tenemos de él.

Esta charla se va a intitular “Dos formas de democracia: liberal y comunitaria”. Democracia, etimológicamente, significa poder del pueblo, *democracia*, pero también existen dos tipos de democracia. No sólo hay una democracia liberal, como la que tenemos ahora; hay otro tipo de democracia, la que existe actualmente en la mayoría de los pueblos indígenas. Este otro tipo de democracia podemos llamarla comunitaria, o bien, republicana.

La democracia comunitaria o republicana no existe en la mayoría de los países occidentales, pero tiene antecedentes en algunos otros autores. Las primeras ideas republicanas trataban de mantener, o de recuperar por lo menos, la vida de las comunidades pequeñas de carácter agrario. Recordemos la defensa de Thomas Jefferson o de John Adams de la organización agraria de la economía,

opuesta a la industrialización, por ser garante, en su opinión, de preservar la pureza y la simplicidad propia de las virtudes republicanas. En *Sobre la revolución*, Hannah Arendt ha dedicado la idealización de la vida comunitaria al campo francés, que subyace en la ideología de Robespierre y en el Club de los Jacobinos. Ligada a esta remisión a las comunidades locales, se encuentra también, en los inicios del republicanismo, la idea del necesario control de los gobernantes por el pueblo real. El gobierno mixto de control popular que propuso Maquiavelo, autor de los discursos sobre la primera década de Tito Livio, pretende restaurar la vigencia popular que él cree ver en la antigua república romana. La rotación de los cargos públicos y la posibilidad de revocación de los mandatos se manejaron en la tradición comunitaria inglesa como procedimientos para evitar la consolidación de un estrato de poder sobre los ciudadanos y proponer una democracia directa. Algunos estados norteamericanos llegaron a consignar, incluso, medidas semejantes en sus constituciones; la más notable fue la Constitución de Virginia, de Jefferson. Los epígonos de Rousseau, en sus críticas a la democracia puramente representativa, tomaron una dirección semejante.

Desde sus inicios, la mentalidad republicana difiere de la liberal al subordinar los intereses personales al interés del todo. El historiador de la revolución de independencia norteamericana Gordon Wood destaca en el republicanismo el siguiente

* Conferencia magistral dictada en la ceremonia en la que se otorgó al autor el Premio Alfonso Reyes en Humanidades 2010, el 7 de octubre de 2010, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.



Presiden la primera entrega del Premio Alfonso Reyes en Humanidades: Guillermo Hurtado, en su momento director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM; Javier Garciadiego, presidente entonces de El Colegio de México; Luis Villoro, y Ariel Rodríguez Kuri, director en esas fechas del Centro de Estudios Históricos de El Colegio.

rasgo: “El sacrificio de los intereses individuales en beneficio de un bien común mayor de la totalidad constituyó la esencia del republicanismo, viniendo a representar para los norteamericanos el objetivo idealista de su revolución”.

Así, frente a la democracia de corte liberal, que es la que se supone que existe aquí en nuestros países, en México, por ejemplo, habría otro tipo de democracia distinta a la liberal y varios autores la llamarían democracia republicana o democracia comunitaria. Existen, por lo tanto, dos tipos de democracia: la democracia de tipo liberal, que es la que existe actualmente en la mayoría de los países occidentales, y esta otra democracia, la democracia republicana o comunitaria.

Ésta, la democracia comunitaria, sería una forma de democracia diferente a la democracia liberal, que se supone que existe ahora en los países desarrollados. Se trataría, por lo tanto, de una alternativa que puede justificar posiciones políticas diferentes. En ese sentido, me parece correcta

la formulación de MacIntyre: “La oposición moral fundamental es la que se da entre el individualismo liberal en una y otra versión o la tradición aristotélica en una u otra versión.” En efecto, como indica MacIntyre, frente al individualismo del liberalismo puede oponerse otra concepción, que tendría su antecedente lejano en la tradición aristotélica. Es justamente en esa tradición, la aristotélica, en la que podemos encontrar las concepciones contrarias al liberalismo, a saber, el comunitarismo y el republicanismo que estamos mencionando.

Ahora bien, esa confrontación entre el liberalismo y las concepciones que se le oponen podría resumirse en dos ideas diferentes sobre el sujeto moral y su relación con las normas éticas: el concepto de la persona moral en su relación con el orden normativo es distinto en uno y en otro modelo, el liberal y el comunitario. En la concepción liberal, el sujeto moral debe ser un agente libre, no condicionado; no debe estar voluntariamente sujeto a reglas en cuya formulación no haya participado;

su principal característica es la autonomía —como decía Kant—. En cuanto a sujetos morales, todas las personas son iguales y tienen, por lo tanto, los mismos derechos y deberes.

Esta idea de la persona como sujeto moral se expresará de manera diferente en distintas doctrinas filosóficas. En la metáfora del “contrato social”, la racionalidad y la libertad caracterizan a los miembros que lo acuerdan; la vigencia universalizable de la ley exige la igualdad en todos los sujetos.

La idea de la persona moral autónoma tuvo, entonces, su expresión más rigurosa en la filosofía de Kant, en el siglo XVIII, pero tuvo sus continuadores en dos siglos posteriores. En la época contemporánea, consideramos a John Rawls como el principal exponente de una idea de justicia en esta línea liberal. Hasta aquí hablé de la teoría liberal basada en el individualismo.

Pues bien, frente al liberalismo, puede presentarse otra corriente filosófica que obedece a antiguas voces. Así, en la filosofía contemporánea actual, Alasdair MacIntyre recupera ideas de la tradición aristotélica. La elección y persecución del bien es lo que determina la persona moral —dice él— y el bien está ligado a un fin, a un telos: “Llamar a x bueno, es decir, que es la clase de x que escogería cualquiera que necesitara ese x para el propósito que busca característicamente en todo x ”. Es el concepto de la vida humana completa, concebida como una unidad, el que presenta identidad y sentido a la persona, en cuanto a sujeto capaz de ejercer virtudes, pero el hombre no es un ente social y su fin no puede separarse de los papeles que desempeña en su comunidad. “Lo que sea bueno para mí debe ser bueno para quien habite esos papeles; como tal, heredo de mi pasado, el de mi familia, de mi ciudad, de mi tribu, de mi nación, una variedad de deberes, herencias, expectativas y obligaciones correctas. Ésas constituyen los datos previos de mi vida, mi punto de vista moral. Confieren, en parte, a mi propia particularidad social y moral”. Hasta aquí las citas de MacIntyre.

Ante esta concepción de la persona concreta en sociedad, identificable por su noción del bien y por los fines que hace suyos, ligada a su papel en la comunidad, existe la idea de un sujeto puro

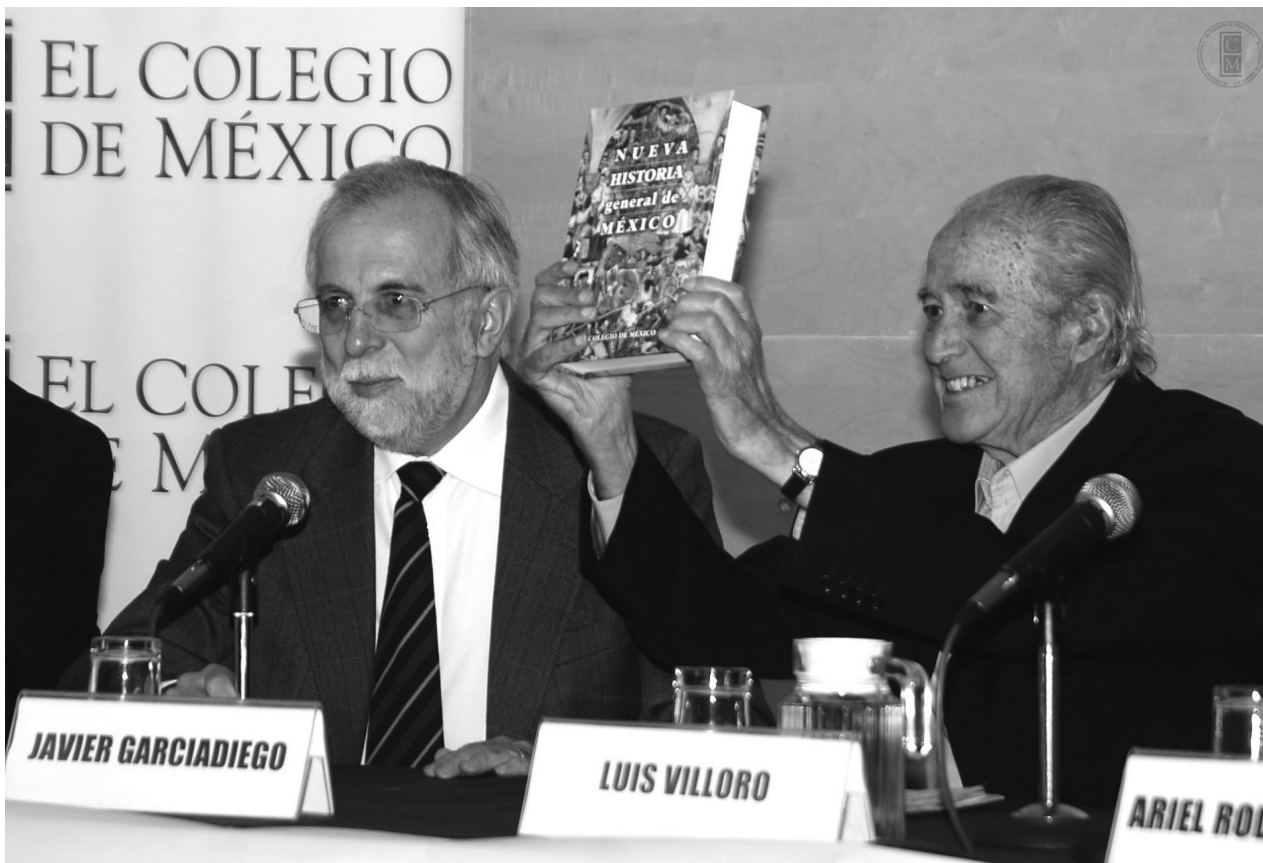
Crear, saber, conocer Luis Villoro



XXI siglo
veintiuno
editores

de elección, como el kantiano del que antes hablaba, anterior a sus fines y abstraído de su situación social. Ésta aparece como un ente vacío; el sujeto kantiano aparece entonces como un ente vacío; al tratar de cernir al sujeto moral, se le despoja de todas las características que realmente lo constituyen; al intentar restringirlo a su capacidad de elegir lo universalmente debido, se le convierte en un ente abstracto, en tanto inhumano. Sólo cuando el hombre se piensa como un individuo previo y separado de todo papel, sólo entonces *hombre* deja de ser un concepto funcional.

La teoría de Rawls es un ejemplo claro de esa estrategia para concebir los principios universales que elegiría un sujeto imparcial mediante su abstracción de todo lo que constituye en realidad un individuo concreto. El velo de la ignorancia del que habla Rawls consiste en despojar a toda persona real de su identidad, de sus fines y valores para legar al sujeto puro capaz de elegir lo universal. Ese sujeto es el “hombre sin atributos”, intercambiable por cualquier otro; el hombre de cualquier



parte, para ser universal, ha vendido su propia identidad.

Sheila Benjamin da un nombre a ese sujeto igual y libre de la concepción liberal de la que estoy hablando: es el yo generalizado. Frente a él se encuentra el verdadero yo, el yo concreto. Al yo generalizado lo conozco por abstracción de sus características personales y sociales: no es esto ni aquello, no tiene género ni preferencias personales, ni situación social; es igual a cualquier otro porque no es nadie en particular. Al yo concreto, en cambio, del que estaba hablando antes, lo conozco por su identidad mediante el reconocimiento de sus diferencias.

Estamos, pues, así, frente a dos concepciones opuestas de la persona moral difícilmente compatibles. La primera, la kantiana, da razón de lo que elige un sujeto imparcial capaz de un punto de vista general no reducido a los intereses exclusivos del sujeto. La segunda se refiere a un sujeto

concreto con una identidad personal que actúa siguiendo sus propios fines y su propia idea del bien. Aquella forma parte de la tradición kantiana que, en alguna medida, alimenta al liberalismo y ésta se finca en otra tradición más antigua, la tradición del aristotelismo.

Estas dos ideas de la persona moral dan lugar a dos concepciones que subrayan uno u otro sentido de la justicia. La primera, la liberal, privilegia la justicia como igualdad; no hace distinción entre personas, pues todas están revestidas de la misma dignidad y tienen los mismos derechos. La segunda, en cambio, destaca la justicia como reconocimiento de la identidad de cada quien, pues las personas son insustituibles y cada una tiene necesidades diferentes que deben ser atendidas.

Ambas ideas de la justicia pueden aducirse para justificar en la práctica sendos programas políticos. La justicia como igualdad exige el trato imparcial bajo la ley a todos los sujetos e individuos; a



Luis Villoro, durante una asamblea en las comunidades zapatistas.

todos los son debidos los mismos derechos y obligaciones sin aceptar ninguna situación privilegiada. Por ello fue el ideal de las luchas contra el Antiguo Régimen en el siglo XVIII, un arma ideológica radical en la destrucción de una sociedad basada en jerarquías sociales y privilegios, y es todavía el presupuesto de una democracia liberal moderna, como la que existe ahora.

La justicia como reconocimiento de las identidades exige, en cambio, el respeto a las diferencias y la atención a las desigualdades reales que necesitan ser reparadas. Por eso, ha sido la reivindicación de todos los grupos excluidos del consenso imperante y es actualmente la justificación ética de los movimientos de grupos marginados que reivindican sus derechos particulares frente a una igualdad legal que los ignora.

Una y otra noción de la justicia obligaría entonces a políticas diferentes. “Con la política de la igual dignidad de todos —escribía Charles Taylor—, se establece lo que se supone que es universalmente lo mismo, una canasta idéntica de derechos e inmunidades; la política de la diferencia, en cambio, lo que nos pide reconocer es la identidad única de

ese individuo o de su grupo, su carácter distintivo de cualquier otro.” Hasta aquí la cita de Taylor.

Se trata, en suma, de dos concepciones del sujeto moral y político. Habría que ir más allá de estas dos concepciones del sujeto moral, la de un sujeto puro, abstracto, universalizable en la tradición filosófica kantiana, y la de una persona situada que sigue sus propios fines en la sociedad, en el republicanismo y en el comunitarismo. En el debate actual sobre la justicia, subyace una forma de oposición entre estas dos concepciones sobre la manera en la que los individuos pertenecen al todo social. Subrayemos las diferencias entre ambas concepciones.

La concepción liberal en sus variadas versiones puede caracterizarse por las siguientes notas:

- 1) La persona individual es el único agente moral; en realidad, sólo él existe como sujeto independiente.
- 2) La sociedad se explica por los individuos que se conciben previos a la sociedad, en el estado de naturaleza; por sus acciones recíprocas, originan la sociedad y por un convenio libre originan el Estado. La libertad individual se pone límites a sí misma por el convenio que crea la situación política; es el



convenio de constitución universal que existe en el liberalismo.

3) Si el individuo es el origen de la sociedad política, también es un fin; la sociedad es un medio para la realización de la persona. Por ello, ningún fin colectivo puede sobreponerse a la libertad del individuo.

4) La sociedad política cumple ese fin al garantizar los derechos básicos, condición de la libertad; sólo éstos son inviolables en la sociedad.

5) El espacio público ofrece un ámbito para la actuación de las libertades individuales; es, por lo tanto, el lugar de la competencia entre individuos y grupos de personas. En la sociedad liberal existe sólo la competencia entre grupos y personas.

6) La competencia debe darse en el marco de la tolerancia, sin duda, y del respeto a los derechos básicos, lo que permite la cooperación en el mundo del beneficio mutuo.

En estas seis notas, que incluyen la cooperación, desde luego, como vemos, pueden subrayarse las diferencias entre la concepción comunitaria

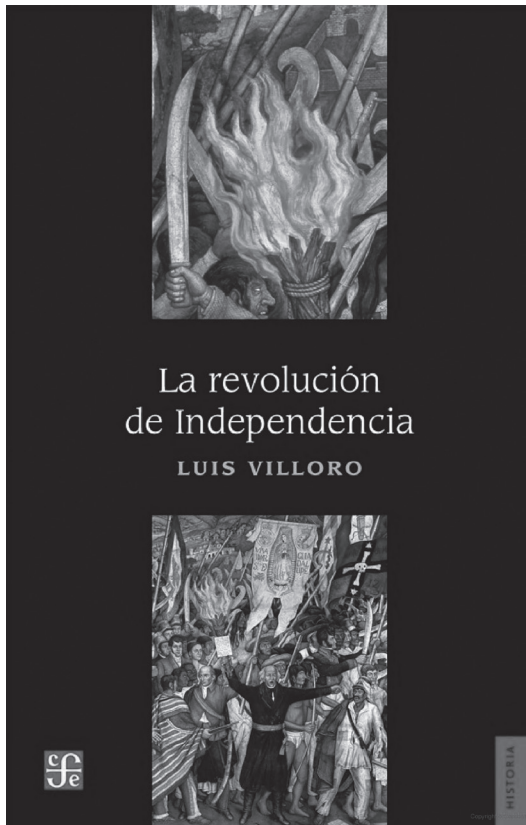
y la concepción liberal. Veamos ahora las diferencias entre estas dos concepciones:

En las concepciones comunitaristas, en sus distintas versiones, en cambio, presentarían notas contrarias a las anteriores. En un exceso de concisión, podríamos definir las en estas siguientes notas.

1) En la concepción comunitarista o republicana, la sociedad preexiste al individuo; el individuo nace y transcurre en el marco de un horizonte social que lo antecede; la persona moral lo presupone; hay un sujeto colectivo, histórico, al que pertenece el individuo.

2) La sociedad explica características del individuo; éste no puede concebirse previo a la sociedad; por lo tanto, la sociedad no surge de un contrato entre individuos, como pensaban los anteriores; un contrato tácito previo precede a toda persona individual.

3) Los fines del individuo se realizan en la comunidad; el fin personal incluye la persecución de un bien común; por eso, el fin de la comunidad es



el bien común en el que se realiza el bien de todas las personas individuales.

Ven ustedes que en esas tres notas estoy resumiendo las notas entre la concepción liberal individualista y la concepción comunitarista de la que estoy hablando ahora.

- 4) Junto a los derechos individuales existen derechos colectivos, que es una condición para la realización de los bienes comunes.
- 5) En la comunidad, la competencia entre individuos debe remplazarse por la persecución de un fin propio para todos.
- 6) En la comunidad, la solidaridad va más allá de la tolerancia: no hay justicia sin solidaridad.

Hay así dos concepciones de la democracia, no sólo la concepción liberal a la que estamos acostumbrados. Hay otra concepción de la democracia completamente diferente, con esas notas que acabo de resumir. Porque la concepción de la de-

mocracia de tipo liberal no es la única. Hay otra especie de democracia que muchos juzgamos superior: la democracia comunitaria o republicana. La oposición entre estas dos posturas, la liberal y la republicana o comunitaria, no tiene sólo consecuencias teóricas, sino que puede repercutir también en programas políticos. El liberalismo en filosofía y en política es una expresión del individualismo moderno; el republicanismo y el comunitarismo, en cambio, expresan el proyecto futuro de una posible comunidad renovada.

Una y otra postura teórica tienen consecuencias efectivas en el derecho. En la democracia liberal, expresión del capitalismo moderno, ha causado los males que padece actualmente la humanidad, como declaran tres filósofos occidentales: Jürgen Habermas, David Held y Will Kymlicka. Los defectos que señalan ellos en la democracia liberal que existe actualmente son los siguientes:

“La globalización capitalista ha conducido en Occidente a una explotación inicua de los trabajadores, a amenazas sobre el medio ambiente natural y a injusticias globales en una sociedad mal estructurada. Ante estos males se suele reaccionar con el refugio en las tradiciones que conducen a la ignorancia y al fundamentalismo religioso”. Su opinión, pienso yo, es correcta en lo que se refiere a los males causados por la modernidad en el capitalismo occidental, pero ¿lo es también en su remedio? Pienso que no; creo que éste es totalmente insuficiente: no bastarían las buenas intenciones, como tal vez piensan los tres autores que mencioné antes, para lograr este nuevo orden basado en los derechos humanos universales cuyo cumplimiento se ha visto tantas veces conculcado. ¿No sería ingenuo pensar que frente a los males del capitalismo mundial, que señalan estos autores, bastaría apelar a los derechos universales del hombre, a su vigencia? La vigencia de los derechos universales del hombre apela a la voluntad. Ignora, en cambio, las causas reales, económicas y sociales, que imposibilitan la realización de esos derechos en todas las sociedades. Frente a los males del capitalismo, me parece que el único remedio sería caminar hacia un orden diferente y aun opuesto al capitalismo mundial, porque la hegemonía de la cultura occidental



Luis Villoro flanqueado por miembros de la dirección del EZLN.

moderna en el capitalismo se ha acompañado de efectos nada deseables, tales como la depredación de la naturaleza por la tecnología, la primacía de una razón instrumental frente a la ciencia teórica, frente a la razón teórica de la ciencia. Y en el orden social y político, ha conducido al individualismo egoísta contra la primacía de un bien común.

¿Cuál podría ser entonces la alternativa? Cualquiera que fuere, tendría que ser una que eliminara, o al menos aminorara, los males causados por la cultura pretendidamente universal del capitalismo moderno.

Y bien, ¿no hay un pequeño lugar, aquí mismo en México, donde se esté ensayando esa variante del republicanismo o del comunitarismo del que antes hablamos? Me refiero a algunas comunidades de Oaxaca, de Michoacán o de Chiapas. Allí, en esas pequeñas comunidades, se está ensayando la realización de una comunidad diferente. Es

apenas un pequeño lugar, sin duda, ¿pero acaso no sería una chispa que pudiera llegar a encender una hoguera donde se tratara de emprender el ensayo de otra sociedad? Pienso que esa sociedad nueva se resumiría en tres notas.

Primera nota. En contraste con el individualismo que permea todo el pensamiento occidental, estaría el comunitarismo. En la época moderna, el pensamiento ha estado centrado en el sujeto individual; ése fue el pensamiento de Hobbes, de Descartes, de Kant. Frente al individualismo occidental donde el yo es el centro, habría el nosotros comunitario. Porque el todo es más que la suma de las partes, en el universo conduce a la conciencia de nuestra pertenencia como una parte de la totalidad. La relación del individuo con la colectividad que lo rebasa era la base de la mayoría de las sociedades en la América indígena, la cual daría

lugar a lo que hoy podríamos llamar una democracia comunitaria. Ésta sería lo contrario de la actual democracia representativa y tendría rasgos semejantes a la democracia republicana de la que antes hablábamos.

Una democracia comunitaria es la que trataría de realizar el bien común para toda la sociedad. Sentaría los principios siguientes en la sociedad: acercarse a la no desigualdad, a la complementariedad o a la reciprocidad, basada para ello en una economía distributiva. Una democracia comunitaria eliminaría así toda forma de exclusión de cualquier persona o de cualquier grupo. Frente a la desigualdad existente, se acercaría a la equidad y a la distribución adecuada de los recursos; al seguir y realizar estos principios, una sociedad se convertiría en una comunidad. Se refleja, entonces, en la moral y en el derecho: frente a los derechos individuales, los derechos colectivos; frente al individualismo occidental, el nosotros colectivo.

Segunda nota. Frente al individualismo del pensamiento occidental moderno, el de los pueblos indígenas se acercaba más a la vivencia de su pertenencia en la totalidad, lo cual conduce a la noción de la armonía entre el hombre y el mundo, al respeto y equilibrio entre las fuerzas naturales y a la posibilidad de escuchar al todo de la naturaleza.

Carlos Lenkersdorf vivió más de veinte años entre los tojolabales de Chiapas; escribió varios libros y, ante todo, compartió su visión del mundo y de la vida. Lenkersdorf dice: “Todo vive, todo tiene corazón. Los pueblos indígenas nos enseñan a escuchar a la madre tierra, a la totalidad. El Occidente moderno se olvidó o nunca supo escuchar a las plantas, a los animales, a las aguas, al cielo y a tantos hermanos y hermanas más, porque la vida está presente en todo, también en la fauna, en la flora, en los astros. Porque todo vive, todo tiene corazón.” Ésas son las ideas de Carlos Lenkersdorf, que vivió mucho tiempo entre los tojolabales en Chiapas. Pero ideas parecidas se encuentran en Jean-Marie Le Clézio, que es Premio Nobel de Literatura 2008. Le Clézio sabe de lo que habla; él vivió muchos años en México; conoció a varias comunidades indígenas de Michoacán y en el su-

La alternativa

Perspectivas y posibilidades de cambio
Incluye correspondencia con el Subcomandante Marcos



Luis Villoro



VIDA Y PENSAMIENTO DE MÉXICO

reste. De ellos, obtuvo inspiración para varios libros, entre ellos *El sueño mexicano*. Le Clézio creyó percibir en el pensamiento de estos pueblos una oposición entre el mundo individualista y posesivo de Occidente, y el comunitario y próximo a las fuerzas divinas en Indoamérica.

Porque otro rasgo de esa matriz cultural indígena es la relación con la naturaleza; sus ritmos vitales son su comunión con lo otro, con el no yo opuesto al individualismo occidental. Respeto a todos los seres vivos y en algunos pueblos, incluso, a los seres inanimados. Contrariamente a la tradición judaico-cristiana, el mundo no ha sido creado solamente en provecho del hombre, sino en provecho de todos los seres vivos. Es exactamente lo contrario al individualismo occidental basado en el interés personal. En las civilizaciones indígenas, la persona da prioridad a los rasgos que caracterizan a culturas que no están obsesionadas por el afán de dominar a la naturaleza ni de organizarse racionalmente, y que, por contraste, intentaron formas de unidad y armonía con lo otro, con el todo en el



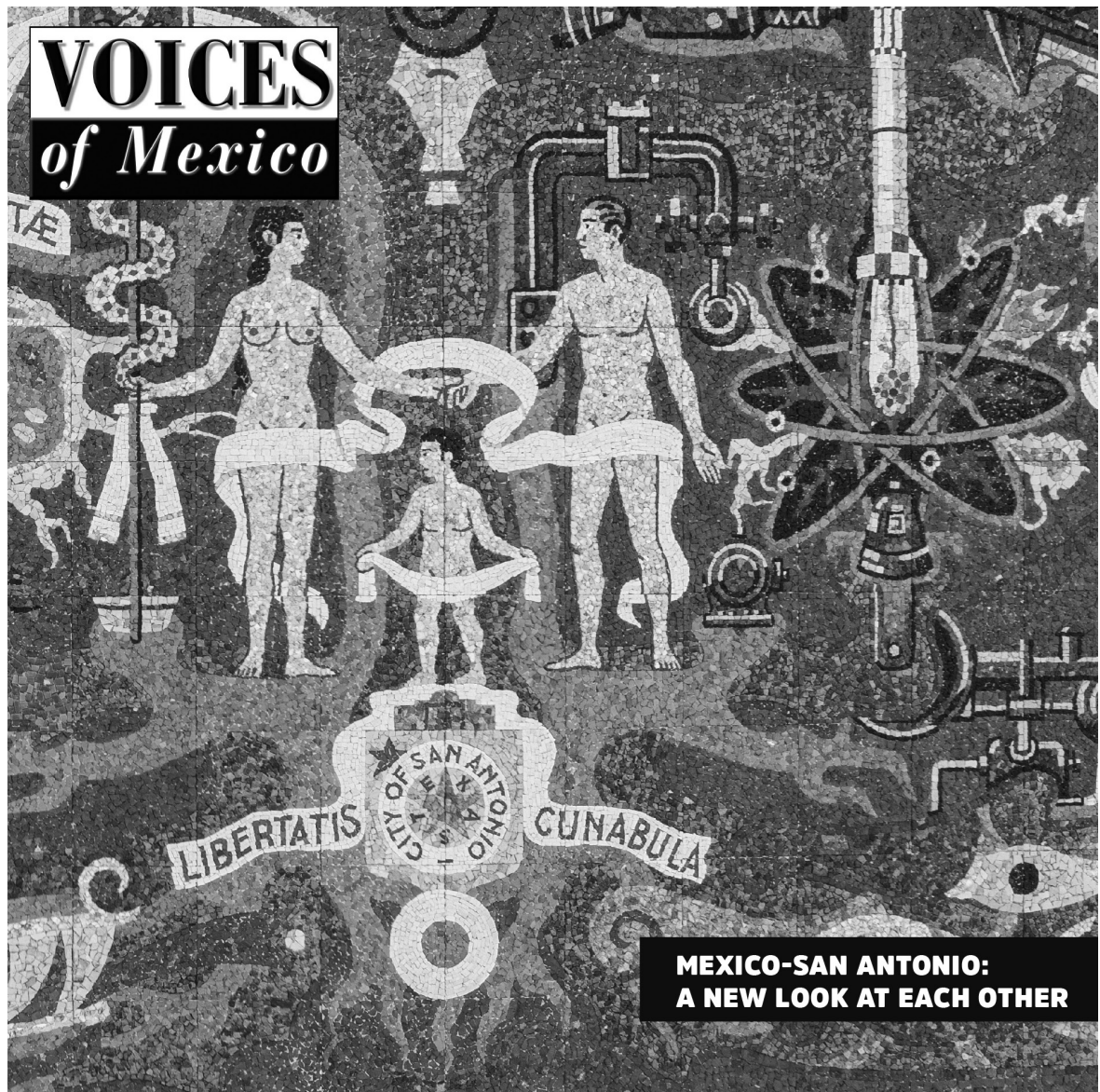
que se manifiesta lo sagrado, aunque ello demeritara el poder de su cultura.

Tercera nota. En las sociedades comunitarias, esto da lugar a una relación diferente con el poder. Pongamos un ejemplo concreto. En las zonas zapatistas de Chiapas, se efectúa, de hecho, esta relación frente al poder en las llamadas Juntas de Buen Gobierno. Éstas se conducen conforme a los siguientes principios: participación de todos los miembros de la comunidad en la elección, rotación del mandato, revocabilidad y rendición de cuentas. Esos principios en esas comunidades expresan el lema zapatista del mandar obedeciendo. Sólo la comunidad tiene el mando, no el individuo ni los grupos de individuos. De ahí la noción diferente de castigo de quien no cumple con su deber o delinque. Entonces, este individuo está obligado a trabajar sin retribución para la comunidad durante cierto tiempo determinado; sólo así se restaura el equilibrio en toda la comunidad. En una comunidad nadie está excluido.

Habría, en suma, dos tipos de democracia: la democracia representativa actual, que existe en la mayoría de los países occidentales modernos, y una democracia que podríamos llamar participativa o comunitaria. Democracia comunitaria es la que tienen las comunidades en el ámbito de nuestra América indígena.

Empecé diciendo: otra visión del mundo es posible. Ahora terminaré preguntando: frente a la visión de la modernidad occidental, ¿no está aquí ahora, en pequeño, donde empezaría a ejercerse la posibilidad de otra democracia? Pues aquí, ahora, es donde empieza a abrirse una nueva posibilidad, semejante al republicanismo y opuesta totalmente al liberalismo. No como una utopía. Utopía significa, etimológicamente, *no lugar*. No. Un lugar pequeño existente, realmente, en algunas partes de Indoamérica. Ellas han contribuido a la realización, aquí y ahora, de la verdadera utopía. ☞

VOICES *of Mexico*



**MEXICO-SAN ANTONIO:
A NEW LOOK AT EACH OTHER**

▲ Juan O'Gorman's Mural, *The Confluence of Civilizations* (1968). Photo by Nain León.

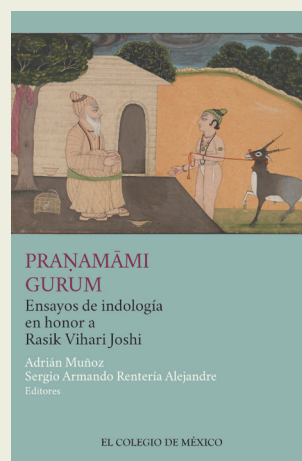
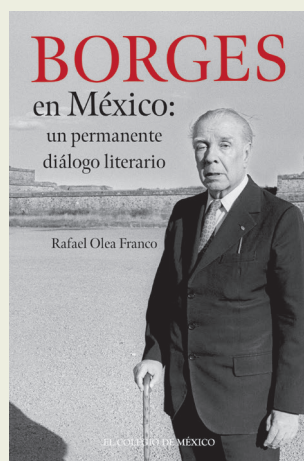
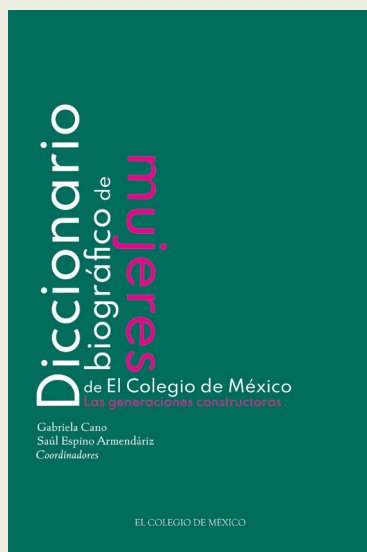
Issue 124, Autumn-Winter 2024

MAGAZINE Published entirely in English, brings you essays,
articles and reports about the economy, politics,
the environment, international relations and the arts.



CISAN • UNAM
ISSN: 0186-9418

NOVEDADES *editoriales*



Publicaciones
El Colegio de México, A.C.

El Colegio de México, A. C.,

Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, o correo electrónico: elibro@colmex.mx